

—En los jardines reales había infinidad de bosquecillos, verdaderos *bois* de follaje, en los cuales debían verificarse las pruebas. Una matrona encargada de vigilar para que tuvieran exacto cumplimiento las cláusulas de la sentencia, me condujo al lugar donde me esperaba el primer árbitro. Como puedes suponer, yo estaba con una emoción extraordinaria; porque debo hacer presente que entre el ejército de hombres que me esperaba los había muy guapos. Del primer bosquecillo pasé al segundo; de éste a otro; y luego a otro y a otro... Te aseguro que mi situación era verdaderamente extraordinaria.

—Por lo menos es de suponer que cada uno de aquellos jóvenes se contentaría con el beso que le correspondía y que no pedirían más.

—¡Ah, querida! Las gentes de semejante país tienen en asuntos de tal naturaleza, exigencias como no te puedes imaginar. En fin, lo que puedo asegurarte es que, a pesar de que las bocas de aquellos muchachos no tenían nada de desagradables, llegó un momento en que me consideré digna de lástima.

—¡Te compadezco, te compadezco!

—Sí; a tal punto, que ya estaba dispuesta a renunciar a los beneficios de la gracia y a pedir que se me condujese al barrio destinado a las mujeres poco enamoradas..., cuando un suspiro más intenso que los anteriores me hizo despertar bruscamente. ¡Estaba sola, mordiéndome mis cabellos y abrazando los encajes de mis almohadas!

—¡Oh, qué sueño más espantoso!

—¡A quién se lo cuentas, querida?

Hubo un momento de silencio. Colette se había incorporado a medias y había apoyado uno de sus brazos en el hombro de su amiga.

En esta posición, y aplicando su boca al oído de Lila, murmuró en voz baja:

—Y dime, Lilita, aquí para nosotros, ¿cuándo despertaste, cuántos bosquecillos habías recorrido?

—¡Diez! — contestó Lila, sonriendo maliciosamente.

El mayor placer

SEA! — dijo la hermosa pecadora, cerrando violentamente el abanico, y dirigiéndose a los tres rivales que la adoraban, disputándose sus favores — consiento en mostrarme con uno de vosotros menos esquiva; pero estadme atentos. Cada uno de vosotros me contará una de sus aventuras de amor, y como el agua de los ríos va a la mar, y los millones a los millonarios y la buena suerte al que ya es dichoso, aquel de vosotros que haya logrado el mejor placer en alguna de sus aventuras amorosas, tendrá derecho a besarme una mano en presencia de los otros.

El primero de los rivales habló de esta suerte:

“Compadezco sinceramente a los hombres que no guardan en un recóndito rincón de su corazón el recuerdo de alguna de esas escenas de la pubertad, en las que se ha corrido jugando a inocentes entretenimientos y en compañía de una muchacha de la misma edad, en el jardín de una casa de provincias.